

XXIX FESTIVAL NACIONAL DEL CANTE DE LAS MINAS

LA UNION

(declarado de interés turístico nacional)

del 13 al 19 de agosto de 1989



AYUNTAMIENTO DE LA UNION



DATOS PARA LA VERDADERA HISTORIA DEL FESTIVAL

No es verdad que la auténtica historia la escriban los hombres que, fiados en los rigores de la investigación, cuadrículan los hechos, diseccionándolos y etiquetándolos. Son las gentes del pueblo las que, en última instancia, valoran el peso de los acontecimientos, coloreándolos a su modo y alejándolos de todo riesgo de pedantería. Así, quienes apetezcan conocer la verdadera historia del Festival Nacional del Cante de las Minas no echen mano a la sabiondez de los archivos polvorientos, a los libracos y hemerotecas; antes se detengan a escuchar sin prisa, tan ricamente, pongamos por ejemplo la versión castiza de Paca, popular forofa del cante minero y más de La Unión, su cordial raíz. Después de todo, téngase en cuenta que las más sabrosas páginas de la Historia, los hechos más trascendentales y, por supuesto, los más fulgurantes mitos, resultan casi siempre respaldados, antes que por la escrupulosa severidad de los investigadores oficiales, por todas las Pacas del universo mundo.

– Pues mira, hijo mío, la verdad es que en cuanto a afición al cante pocos le ganan a servidora, mayormente si las coplas de nuestra tierra son las que andan por medio, a ver si me entiendes, o sea que estoy preparando yo un “avecrem” en la cocina, oigo de pronto en la radio una minera y, nada, que me pongo mala, pero mala de acostarme, que diría La Martirio. Así de aficionada al cante vengo a salir. Cada copla del Pencho Cros, una pérdida de los estribos; cada cante de la Encarna Fernández, un “repelús”.

– Anda, Paca, cuéntanos algo sobre el primer Festival.

JAYAN

– Que bien temprano estaba yo aquella noche ocupando mi silla de madera de la primera fila de la Terraza Argüelles. Un clavel en el pelo y, junto al bolso, mi papelón de repostería de la confitería de Marita Martínez, para aliviarme los descansos de la velada, que fue un éxito de los que hacen época, no veas. El maestro Piñana se llevó la chota, quiero decir el primer premio. Buena labor la suya a favor del Festival. ¿Sabes lo que se me vino a mí a las mientes en aquella velada en que la copla minera se dejaba oír de nuevo? Que aquel filón jondo que La Unión había estado a punto de dejar perder podía redimirla de tantos años de olvidos y de menoscabos, a ver si me entiendes. En una palabra, que alcanzando aquel ir y venir de los señores periodistas y el trajín de las radios, servidora tuvo el pálpito de que, a la larga, el Festival podía resultar agua de mayo para La Unión, borradica de los mapas que por entonces andaba, qué lucha. Oye, no me equivoqué, que pocos años después un señor ministro incluía a La Unión nada menos que en los Festivales de España. ¡Ahí es nada! El nombre de La Unión, bandera a los cuatro vientos. ¡Huy, me ha salido un “espot”! A servidora le pareció entonces que hasta ese momento el Festival había vivido así como unas relaciones prematrimoniales con el cante. Desde entonces, de la mano de nuestros alcaldes, que han entendido siempre lo que el Festival supone para La Unión, coser y cantar, como quien dice.

– A lo largo de la historia del Festival, a todas cuyas versiones, por supuesto, tú has asistido, ¿qué hechos elegirías?

– ¡Tantos! Por ejemplo, el paso por el Festival de la flor y la nata del cante, el toque y el baile. Luego, el haber conocido a don Antonio Grau, el hijo del Rojo el Alpargatero. Más: los troveros, el himno del Festival, cosa preciosa, oye; las sesiones del “Cante con cuchara”, en las que servidora aprendió a entender las coplas... ¡Anda, que se me olvidaba, qué cabeza la mía, de chorlito, hijo mío, por nadie pase! Pon también los escenarios del Festival, hechos a mano por los pintores, todos de La Unión, que en cuanto a artistas se refiere no hay que traer a nadie de fuera, que aquí los tenemos de toma pan y moja, aunque, como unionense que viene una a resultar, me esté mal el decirlo. Y añade que todos trabajando, año tras año, por amor al arte, por amor a La Unión mayormente.

– Paca, elige ahora un nombre masculino de todos cuantos hayan pasado por el Festival.

– El minero Eleuterio Andreu. Ni había tarantas como las tuyas. El año que el Eleuterio se llevó la “Lámpara Minera” fue cuando me salió a mí aquel novio que era de Barcelona, bien majete que venía a resultar, oye, lo que pasa es que luego se me enganchó al ramo del travestismo, qué cruz, y hoy anda por esos mundos haciendo galas, con su pompón y su diadema, en plan Saritísima, pero en mariquitón.

– Ahora, un nombre femenino, Paca.

– La Lola Flores, con sus batas de faralaes. Bambollas me salieron

JAYAN

en las manos de aplaudirla. No hay otra, un ciclón, un terremoto de San Francisco. Por entonces ni ella ni yo sabíamos lo que era la base imponible.

– Más cosas.

– ¡Ay, hijo, que se me pasa la hora del culebrón de la tele! Pon el ambiente, a ver si me entiendes, la bulla que siempre ha rodeado el Festival, sobre todo cuando se estilaba la proclamación de la Madrina, con aquellos maceros y aquellos guerreras rojas con plumero que mandaba Murcia, que servidora confundió el primer año con la Policía Montada del Canadá, con el pregonero vestido de frac, los mantones de Manila, los periodistas con el “boli” en la mano y los focos de la “tele”, en plan Hollywood, pero sin Pedro Almodóvar. Cada noche, nuevos invitados, gentes de rumbo y postín, una página del “Hola”, no te digo más. A servidora lo que más la engolosinaban eran los ministros y las marquesas. Luego, cuando los ministros se quedaron en “polo” y las marquesas comenzaron a hablar como carreteros, servidora sufrió el trauma. A servidora lo que le va es el lujo fino. Como a aquellos descamisados de Evita Perón a los que en el fondo lo que les gustaba era verla vestida de “Sissi”, a una lo que le tira es el lamé y la lentejuela.

– Danos tu opinión del programa del presente año.

– Redondo, corazón. ¡Ese Fosforito, canela en rama su cante, voz que duele, diría yo! Luego, la Marifé de Triana, única, que ya lo proclamó un amigo mío de La Unión: que no se sabe si la Marifé es copla hecha mujer o mujer hecha copla. Un retrato suyo tengo yo sobre mi “sinfonier” de formica, entre el gato Isidoro, en peluche, y la muñeca Nancy. También me gusta que venga el Camarón y Vicente Soto. ¿He dicho algo? ¡Qué elenco, puro azúcar! Bueno, ¿y qué decir, por otra parte, del Manolo Sanlúcar, unas veces haciendo llorar a la guitarra; cantar, otras? También estoy muy ilusionada con que vengan el Paco García y la Beatriz Montero como presentadores, y, claro, el Pepe Sacristán como pregonero, que servidora no se pierde una película suya, y que tan bien me cayó en una función que echaron en la “tele”, en la que él y la Conchita Velasco iban en un autobús y se bajaban en la próxima parada. ¡Más risa! Y él venga a cantar “Somos como dos barquitos que se encuentran en la mar...”. Oye, qué gusto el suyo para la canción española, la copla que se dice ahora, según el Carlos Herrera. Yo ya tengo pensado pedirle al Pepe que me cante, aunque sea por lo bajini, alguna cosilla del maestro Quiroga, que en paz descanse, el “Capote de grana y oro” mayormente. Mira, con probar, nada se pierde. Por mí que no quede, a ver si me entiendes.